

Sobre héroes y bandidos

Ediciones LOM acaba de publicar una novela de Enrique Volpe: "Responso para un bandolero". Según recuerda el solapista anónimo, Enrique Volpe nació en Vercelli, Piemonte. Tenía diez años cuando su padre, un técnico textil, decidió emigrar a Chile. Luego de terminar la escuela secundaria ingresó a la Escuela Agrícola Don Bosco en Linares. "Allí estableció sus primeros contactos con la vida y la gente del campo y conoció las tradiciones y valores que son parte consustancial de su literatura".

EL PRÓLOGO de este libro -unas cincuenta páginas de espaciada caligrafía- está firmado por José Miguel Varas, lo que representa promesa casi segura de fiesta inolvidable.

Varas recoge, de partida, la siguiente afirmación de Volpe: "Jamás me asaltaron. Conoci bandoleros y conocí algunas bandas. Tuvimos algo así como un pacto de no agresión. Se portaron bien conmigo. Juntos enfrentamos algunas circunstancias cuando las cosas se pusieron muy espesas". El autor de "Porra" (Varas) agrega el siguiente comentario a tal afirmación: "Cuando Enrique Volpe se instala a escribir poesía, tiene siempre a mano, sobre el escritorio, una pequeña pistola con culata de nácar. De vez en cuando le pega una mirada y ella parece

responderle con su brillo femenino y delicado. En cambio, cuando practica la prosa, en especial si se trenza con historias de salteadores y otras gentes de avería, prefiere que lo acompañe una daga con signos esotéricos, usada alguna vez para cortarle el resuello a un cristiano. Volpe tiene una gran colección de armas blancas incunables. Cada una tiene su prontuario. Las hicieron o las manejaron hombres cuya supervivencia dependía de un hilo. O mejor, de un filo...".

Es decir, en Volpe, en cuanto a poesía, la pistola; en cuanto a prosa, el cuchillo.

"Con su corpachón de un metro 85 y su buen quintal métrico largo de peso, Enrique Volpe es -tal vez junto a Coloane- el más grande de los escritores chilenos vivientes. Fallecieron Manuel Rojas, Pablo de Rokha y otros de gran desplazamiento" (Varas *dixit*).

Otros escritores con simpatía por el bandidaje: Benjamín Vi-

cuña Mackenna, Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino), Rafael Maluenda, Antonio Acevedo Hernández, Mariano Latorre, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Manuel Rojas, Lautaro Yankas, Manuel Guerrero, Carlos Droguett, Julio Silva Lazo, Óscar Castro.

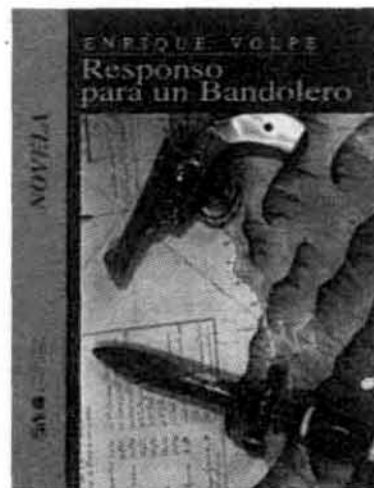
Enrique Volpe glosa ahora la vida de Juan Segundo Catalán, bandido ya finito que tuvo sus canchas en los recovecos de la Cuesta de Chacabuco. Al escribir "glosa" nos salió "goza". De pronto descubrimos que la frase quedaba así: "Enrique Volpe goza ahora la vida de Juan Segundo Catalán..." etc.

Confesamos que sentimos miedo. Corregimos sobre la marcha esta "gaffe" que parecía dictada por la tentación de morir...

NACIDO EN Italia en 1938 (apogeo de Mussolini), Volpe llegó a Chile en 1948, de diez años de edad. En 1958 (los veinte años de Volpe) el bandidaje rural se hacía cada vez más raro en nuestro país. Hasta el Torito,



F I L E B O



Abraham Toro Díaz, era una sombra. De don Amador Lizama, (Lizama, ¿no?) Vivo el Ojo, y del Huaso Canales, Eustaquio Canales, dos pesquisas expertos en caballería, acerca de los cuales se argumentaba que habían sido reclutados en el otro bando, ya casi no se hablaba. Ibáñez dejaba el poder en 1958. Lo asumía Jorge Alessandri. Es difícil pensar que Volpe, a sus veinte años, haya podido conocer de cerca a tanto salteador rural de otra forma que no fuera el

viejo expediente homérico.

Utilizando en cierto modo el recurso de la crónica, el autor no sólo dedica sus empeños a narrar la existencia de Juan Catalán: también incurre, gustoso, en la exposición de otras movidas existencias afines. Lejos de la voluptuosidad aparatosa de lenguaje con que la vida del Nato Eloy se expide en la novela homónima de Carlos Droguett, Volpe aligera la suya de materias demasiado espesas para adentrarnos en un mundo salpicado de lances dramáticos.

Volpe no desmiente su origen piamontés, con imaginación garibaldina, algo carbonaria. El "Doctor O'Connor" y las mujeres:

Se halla tan acotado el "feminismo" de la literatura femenina, que a nadie se le ocurre pensar que el "Doctor O'Connor" (misterio fáustico) sea una mujer. ¿Y si lo fuera? No constituiría el primer caso de una mujer que adopta un seudónimo masculino.

George Sand, por ejemplo, fue Armandina Lucila Aurora Dupin.

Fernán Caballero fue Cecilia Böhl de Faber.

EN CHILE las feministas suelen olvidar que Juanita Quindos de Montalva escribió brillantes páginas de crítica literaria ("El Mercurio", "Las Últimas Noticias") bajo el seudónimo de Ginés de Alcántara.

¡Ojo con las mujeres!